

Un poco más lejos, se vió aparecer al tiburón, que permaneció inmóvil en la superficie del agua. Amoudou, por tres veces seguidas, le había hundido el cuchillo en el vientre.

—No es nada, saeb,—me respondió cuando le recibí entre risueño y enfadado.—Cuando yo pescaba el coral á las orillas del mar Rojo, me he batido muchas veces con ese peligroso enemigo.

Todos los pescadores se reunieron para festejar á mi valiente nubio, que bien lo merecía.

Nada de particular volvió á sucedernos en las orillas del Pomparipo, y los macouas no se atrevieron ya á aventurarse solos en los sitios apartados.

Soupraya-Chetty hizo compras considerables en nácar y perlas, y á los diez días de nuestra llegada, se despidió de mí para volver á Jaffnapatnam en un buquecito que se había fletado y cargado con sus mercancías.

Pratita y Navaja, nuestros dos nobles é inteligentes compañeros de viaje, debían volver por tierra á la península con Anandrayen.

Debo decir en su honor que me separé con más pesar de Pratita que de su amo.

Al día siguiente, continué el curso interrumpido de mi viaje con mi pequeña caravana, reducida á Amoudou y Kandassamy y nuestros dos fieles é infatigables bueyes.

Ibamos á Kaltna por Negombo y Colombo, desde donde debíamos marchar á las provincias del Sud y del Este, en donde viven en impenetrables bosques vírgenes y pantanos sin fin innumerables ganados de búfalos y de elefantes salvajes, y por último, me proponía decir adiós á Ceylan y

á la bella Lanka, en una excursión especial á las ruinas lacustres y antediluvianas de Anouradhapour, la vieja ciudad de las razas primitivas de aquella isla encantadora.

Sólo hay dos pequeñas jornadas desde la embocadura del Pomparipo á las ruinas de Anauradhapour, y con verdadero pesar dejé para mejor época una exploración que tenía para mí un interés altamente etnográfico.

Pero habiendo anunciado mi visita para un día determinado á mis amigos de Kaltna, no quise detenerme en la antigua capital de Ceylan, ni en visitar ligeramente aquellos vestigios seculares que se ven en la hermosa provincia de Nuwara-Kalawa, y que ocuparían por largo tiempo al anticuario. Preferí, pues, esperar y hacer más adelante un verdadero viaje de estudio...

Es preciso que se sepa que la India no se conoce á primera vista, sino que se necesitan muchos años de vivir en el país para comprender sus usos y costumbres y sus tradiciones religiosas, y hablar también el tamoul y el indostan, lenguas que se comprenden desde las orillas de Ceylan hasta los montes Himalayos.

Al cabo de tres años de permanencia en el Karnatic, tuve, como ya he dicho, que arrojar al fuego todas mis notas y estudios etnológicos, riéndome... y sin embargo, por mi posición de magistrado, estaba mezclado de una manera activa á los actos serios de la vida de los indios, pudiendo á cada momento interrogar á los intérpretes que tenía á mi disposición... Pues, lo repito, hasta que supe el tamoul no conocí bien el país.

Y sin embargo, hay viajeros que creen ver y conocer este país atravesando rápidamente, yendo del vapor al ferro-carril y de éste al vapor, y no sirviéndose de la clásica carreta de bueyes más que mugiendo y para el enlace de los ferro-carri-les.

Un viaje semejante dura dos meses, que apénas bastan para estudiar la ciudad de Pondiche-ry, y en este tiempo creen conocer mejor la India que sus habitantes, hasta que sus mismos brahmas. En la India hay pasiones humanas como en los demas países del globo, pasiones que se desarro-llan y que son la cuna de tradiciones reli-giosas y civiles, cuyas sublimes expresiones son la literatura, la filosofía y el arte. Hay, como en todas partes, un estado social que estudiar, cos-tumbres íntimas que averiguar, y si, por ejemplo, Madras, la gran ciudad comerciante de la costa de Coromandel, llena de recuerdos de las luchas de Dupleix y la Bourdonnais, con sus grandes fiestas del culto indio, sus sannyassis, sus jugla-res, sus fakirs y sus brahmas, no ha excitado en la inteligencia del viajero más que esta frase insignificante: «El único placer que una ciudad como Madras reserva al viajero, es el de mar-charse cuanto ántes», que no eche la culpa á na-die más que á sí mismo.

Suplico al lector me disculpe esta digresion, que no he escrito seguramente á las orillas del Pomparipo.

Al reunir en un volúmen las impresiones de este viaje, he leído por casualidad el libro de los turistas que por haber pasado tres meses en la India se permiten tratar brutalmente á los viaje-

ros que no son de su opinion... No me gustan esas luchas personales; pero el ataque era tan poco modesto, y el viaje justificaba tan poco las pre-tensiones... que no puedo evitar contestar cuatro palabras.

He pasado diez años de mi vida en estudiar en la India y alrededor del mundo el secreto de las antiguas civilizaciones que ya han desaparecido y de las civilizaciones que renacen.

La India es para mí el *alma parens* (1) de las razas europeas, y si estuviese en mi mano, iria á acabar mis dias en aquel país.

Verdad es que yo no miro este antiguo y mis-terioso país como un inglés con spleen ó un rica-chon que se aburre.

Puesto que me he propuesto defender á los viajeros que han vivido largos años en el país contra los turistas de vapor, citaré con documen-tos oficiales lo que se puede ver en la India quan-do se llega, bien sea durante una larga permanencia, ó por la especialidad de sus funciones, para iniciarse en las costumbres íntimas de sus pueblos.

En 1867 estuve yo de presidente del tribunal de Chandernagor, y habiendo tenido que ausen-tarse el regente de la audiencia, quedé yo en su puesto interinamente, cuando un dia, uno de los inspectores de policia me remitió una peticion que me dirigia un presidiario indígena.

Esta es la copia exacta:

«Al pundit-saeb (señor de la justicia), salud.

(1) En compañía de W. Jones, Colebrooke, Strange, el inol-vidable Burnouf y otros muchos.

• Annassamy, hijo de Raganada, casta assary (herrero), detenido en thana por una condena de diez años de presidio, os ruega le mireis con bondad, y ordenéis al mismo tiempo que el primer día del mes de Avany (segunda quincena de Agosto) se le conduzca á la casa de su padre, situada en la calle de los assarys, bajo la custodia de un polizonte, para que pueda efectuar su matrimonio con las ceremonias de costumbre con Maryamalle, hija de Sinavassa. Yo ruego á los dioses que protejan al pundit-saeb. Aquel que no es nada ante el que lo puede todo,

ANNASSAMY. »

Concedí la peticion y mandé á uno de policía para que le acompañase.

Voy á dar ahora la explicacion de peticion tan singular.

¿Es lógico que el código penal frances se aplique en los establecimientos de la India? Pero dejemos esto, pues éste no es el sitio más á propósito para entablar semejante discusion; pero debo advertir que las penas que los tribunales infligen á los reos, no producen efecto alguno sobre los indios.

Un hombre condenado á las penas más infamantes, no pierde ni su casta ni su consideracion social. En cuanto cumple el tiempo de su detencion, va á la pagoda á hacer las ceremonias de purificacion, no de su crimen, sino de las manchas que ha contraido en la prision, en donde ha tenido que rozarse con hombres de casta inferior á la suya, y vuelve á entrar en su familia, en donde

se celebra su venida con una infinidad de regocijos...

Hay muchos que sufren graves penas de quince ó veinte años de presidio, y que en este tiempo pierden á sus parientes más próximos; pues cuando cumplen su condena, nos dicen con sencillez:

—Hace mucho tiempo que he olvidado mi oficio y no sabré qué hacer fuera de aquí, teniendo que cometer algun robo para que me vuelvan á meter aquí, donde tengo costumbre de estar.

Tambien es cierto que los prisioneros que se acostumbran á la pérdida de su libertad no son desgraciados, pues trabajando constantemente en las calles, en los caminos, y guardados por la policía indígena, gozan durante el día de muchos ratos de libertad que emplean en ir á ver á sus mujeres, y sus hijos se aumentan mucho más que si estuvieran libres, no estando verdaderamente encerrados más que por las noches.

Desde las seis de la mañana, cada polizonte parte con la escuadra cuyos trabajos le toca dirigir. Capataces y presidiarios almuerzan fraternalmente en la cantera con los amigos y parientes cuya visita reciben. A las cuatro cesa el trabajo, y los presidiarios se van por uno y otro lado al lado de sus familias, y los vigilantes vuelven á la plaza del gran bazar, situado frente á la cárcel, que es el sitio de reunion general.

A las seis, todo el mundo está de vuelta, y las cuadrillas con los vigilantes, completas, vuelven á entrar en la cárcel, y la única diferencia que hay entre ellos es que los primeros pueden irse á dormir á sus casas y pasearse si quieren cuando no están de servicio.

Al principio entraban á las cuatro, pero poco á poco la tenacidad india ha vencido todas las resistencias. Dentro de diez años, no volverán á la prision hasta las ocho, y no dudo que acabarán por dormir en sus casas, y que poco á poco la prision se transformará en un trabajo obligatorio en las canteras del gobierno, como existia en el antiguo derecho indio. Y de este modo, la raza conquistada vuelve á adquirir poco á poco sus antiguos usos, haciéndoselos adoptar al conquistador.

Y en verdad, ¿hay algun mal en esto? ¿Por qué el prisionero, despues de consagrar el día á la reparacion penal, no podria quedarse entre su familia, que alimentaria otras ideas y sentimientos que el pesar de su falta? Esto sería una verdad en Europa, en donde el estado de las costumbres exige imperiosamente la reforma del derecho penal, que conservamos de las épocas de barbarie, y que no está en armonía con nuestro actual estado social.

Esta reforma penal es uno de los grandes problemas de nuestra época. ¡Cuántas veces, en mi carrera de magistrado, hablando con mis colegas, hemos convenido en que sólo faltaban unas líneas para llevarla á cabo!

Una noche estábamos reunidos unos diez compañeros míos en la verandah del procurador general en Pondichery, y habiendo recaído la conversacion sobre este tema, convinimos todos en que con cuatro artículos se creaba una penalidad nueva que moralizaria al condenado, en vez de apartarle de la sociedad como el pária antiguo.

No hay un magistrado que no sepa que el

hombre sale peor de la prision que cuando entra en ella.

Estos son los cuatro artículos á que me refero:

»ARTÍCULO 1.º El código penal actual se conservará para todo lo que respecta á la clasificacion de los delitos y de los crímenes.

»ART. 2.º Quedan abolidos la cárcel y el presidio, siendo reemplazados por un número igual de días, meses y años de trabajos públicos y manuales en los diferentes servicios del Estado y de los municipios, en calzadas, puentes, etc., sin que el condenado pueda jamás ser admitido en ningun trabajo de bufete.

»ART. 3.º Todo condenado será empleado en el municipio donde resida su familia, trabajando bajo el cuidado de la fuerza pública, contándose el salario por el precio medio de un obrero ordinario. Si la familia del condenado está sin recursos, el salario se dividirá del modo siguiente: la mitad para la familia, una cuarta parte para el Estado, y la otra cuarta parte para el pago de daños y perjuicios. Si la familia goza de bienestar, la mitad que se le asigna será distribuida entre los hospitales y las escuelas.

»ART. 4.º Todo condenado volverá á su casa por la noche despues que acabe de trabajar, hasta la hora en que empieza el trabajo al día siguiente.

»Todo condenado que intente huir ó que no vaya al trabajo, como no esté verdaderamente enfermo, será deportado y sometido al antiguo régimen del presidio en una colonia penitenciaria.

»Todo aquel que reincida, sufrirá el mismo castigo.»

Y el resultado de esto sería moralizar el trabajo y la vida de familia, dar de comer á la familia del condenado, y economía para el Estado.

Pero al mismo tiempo, esto sería la ruina de todos los contratistas, etc... que viven con las cárceles. Y por esto no se admitirá jamás esta idea.

Pero volvamos á nuestro asunto.

El condenado no está sometido en la India, como en Europa, á la odiosa explotacion de los contratistas. El alimento se le da en especies, y se compone de arroz y de carry, que compone la base de la alimentacion de todos los indios ricos ó pobres, teniendo ademas un salario de tres *anas*, unos nueve *sous* de nuestra moneda, que cede á su mujer y á sus hijos, y que basta para ponerlos al abrigo de la miseria.

El desprecio completo que los indios manifiestan por nuestros castigos, y los ahorros que hacen durante su cautiverio, hace que los convierta en maridos tan deseados de las familias como lo son en Francia los funcionarios, cuya posicion puede garantir el bienestar á su mujer y á sus hijos.

Por más que haya expresado mi opinion algo *burlescamente*, no por eso deja de ser una verdad, y ningun magistrado que haya ejercido sus funciones en la India se atreverá á contradecirme.

En el dia fijado, Annassamy, hijo de Ranganada, se casó en casa de su padre con Maryamalle, hija de Sinavassa, y al dia siguiente entró en tahná con su polizonte.

Hablando de este asunto con el paleagar in-

dio, inspector en jefe de la policia indígena, supe que Annassamy, ántes de su condena, habia pedido muchas veces en matrimonio á su padre á la jóven Maryamalle; pero que este último no habia consentido en otorgársela, porque no tenia con qué mantenerla; mas la buena paga que recibia ahora el prisionero habia hecho desaparecer los obstáculos.

El lector, al conocer estos detalles, se hará la reflexion siguiente:

—Pues entónces, las prisiones en la India deben estar atestadas de prisioneros.

Y sin embargo, hay muy pocos relativamente á la poblacion, por tres motivos muy plausibles.

Primero, porque el prisionero no es libre, y la libertad que se le concede cesaria á la primera evasion, y ademas, porque está sujeto á un trabajo asiduo, bajo la vigilancia de un inspector y del cuerpo de ingenieros.

En fin, el indio de casta no es por naturaleza ni ladrón, ni malo; vive con poco, teme el fastidio, le gusta calentarse al sol, y ocuparse algunas horas al dia.

Sin embargo, cosa rara, el indio que comete un delito ó un crimen, usa de todas las astucias imaginables para escaparse; pero una vez cogido y condenado, no dará un paso para recobrar su libertad, y no ha habido un solo caso de que un indio á quien hayan permitido asistir á una fiesta de familia ó á una ceremonia fúnebre, se haya aprovechado de aquella libertad para pasarse al territorio inglés.

Me despertó un dia á eso de las dos de la mañana el paleagar, para decirme que un mal hom-

bre muy conocido en la colonia, llamado Siagy-naga, perteneciente á la casta de los bohís, se habia introducido en casa de uno de los primeros negociantes del país, y habia robado por valor de treinta mil (1) rupias en joyas.

Los bohís, ó portadores de palanquines, son el honor y la fidelidad encarnadas, pudiendo uno confiarles un millon ó su mujer propia, en el largo viaje desde el cabo Comorin al Cachmir, y estando seguro de que se dejarán matar para conservar uno ú otra. Siagy-naga hacia mucho tiempo que habia sido arrojado de la casta por sus mismos hermanos.

—¿A qué hora fué el robo?—pregunté al paleagar.

—Apénas hace media hora, y segun lo que dicen nuestros agentes, el bohís corre en direccion de la costa de Madras.

—Bien. ¿Cuánto tiempo cree usted que tardará en llegar?

—Siagy-naga es uno de los mejores corredores de la colonia. Creo que sólo tardará de doce á catorce horas, tal vez ménos, en franquear la distancia que separa á Madras de Pondichery.

—Voy á enviar un telegrama á mi colega el attorney general (2).

—¿No temeís, pundit-saeb, que en razon á la importancia del robo, algun empleado inferior del telégrafo de Madras salga al encuentro á Siagy-naga para prevenirle, y recibir una buena recompensa?

(1) Setenta y cinco mil francos.

(2) Fiscal de las colonias inglesas.

(Hay que advertir al lector que los empleados inferiores del telégrafo inglés son indigenas de todas las castas.)

—Teneis razon; pero ¿qué harémos?

—Si yo me atreviese á daros un consejo...

—Dádmelo, paleagar; teneis más experiencia que yo en las cosas de este país.

—Enviad, saeb, un corredor á Madras.

—El ladron lleva tanta delantera, que no le alcanzará.

—Es verdad; pero escogiendo bien un buen corredor, llegará poco despues de Siagy-naga, y sin que él sepa nada.

—¿Conoceis algun hombre que pueda servirnos?

—Sí, pundit-saeb; hay precisamente ahora en la cárcel un bohís llamado Maile-naga, que ha sido condenado á prision por haber roto un brazo á un musulman. Si quereis enviarle á Madras, tal vez llegue ántes que el ladron.

Al momento mandé poner en libertad á Maile-naga, y le entregué el despacho, que ocultó entre sus cabellos; se quitó el traje, metió en la boca la moneda que le habia dado para comprarse algun alimento en el camino, y se disponia á salir, cuando uno de mis *cavaleres* (cocheros), que era de la casta de los bohís, y creo que algo pariente de Maile-naga, me pidió permiso para acompañarle y ayudarle á defenderse contra las fieras ó contra el mismo ladron, si por casualidad sospechaba cuál era su mision.

Accedí á su deseo, y en un instante mi bohís Tchina se puso del mismo modo que Maile.

Entónces me dijeron que no tardarian más

de diez horas. Se frotaron el cuerpo con aceite de coco de la cabeza á los piés, y apretando los codos contra las caderas, partieron con la rapidez de un caballo á galope en la direccion de Madras, levantando á su alrededor una nube de polvo impalpable que se encuentra en todos los caminos del Indostan.

En el primer volumen de mis viajes he hablado largamente de la casta de los bohís, y sólo añadiré que estos hombres, acostumbrados desde la infancia á correr, llegan á tener tal agilidad, que son capaces de seguir á un caballo á galope durante un dia entero, y á veces el caballo se encuentra más fatigado que el hombre.

Veintidos horas despues de su marcha, los dos bohís estaban de vuelta con las alhajas y el prisionero.

Habian encontrado á Siagy-naga en un bengalow, reposando un momento, á algunas leguas de Madras, y le habian cogido preso, aunque no llevaban orden alguna.

Al verse cógido Siagy-naga, se conformó aparentemente; pero durante todo el camino de vuelta á Pondichery desafió á sus dos guardianes con viveza.

Maile-naga fué puesto en libertad provisionalmente hasta que se obtuvo su gracia, que no tardó en llegar.

Ya he dicho que nuestros castigos no hacen efecto alguno sobre los indios. Pero si se hiciese azotar á un hombre de casta por un pária con una escoba ó una sandalia, la India entera se revolucionaría.

No hay un solo indígena que no prefiera cien

veces las torturas más atroces y la muerte á este castigo, que no haria efecto ninguno en la persona de un europeo.

Si el indio de casta se ve azotado por un pária, y con un instrumento declarado impuro por la ley religiosa, descende á la categoría de los tchandalas ó gentes sin castas, tan despreciados como los párias de nacimiento, y necesita millares de transmigraciones sucesivas para renacer en el cuerpo de un hombre de casta y volver á empezar su ascension progresiva hácia Paramatma, la gran alma universal, en la que todas las criaturas deben acabar por absorberse.

Esta es la creencia religiosa, que arrastra tras sí el desden y el desprecio más profundo por toda pena que no degrade á la casta. El europeo, respetado civilmente, pero considerado como un belatti (extranjero, impuro), bajo el punto de vista religioso, por más que juzgue y condene, sus decisiones no tendrán jamás efecto.

Debo decir tambien que los indios de casta son tan versados para los negocios que tienen interes en ocultar, que es muy difícil obtener la prueba de su culpabilidad.

Y en prueba de esto, voy á citar dos ejemplos.

En 1866, á una de las hijas del serestadar, registrador general de hacienda, le quitaron una mendiga y su hijo de diez años cuantas alhajas llevaba encima.

Los parientes del serestadar, ayudados de sus criados, se apoderaron de la desgraciada y de su hijo, y los condujeron al fondo del jardín de aquel funcionario. Allí se constituyeron en tribunal criminal, segun las antiguas leyes del país, some-

tiendo á los tormentos más atroces á los dos prisioneros para obligarles á confesar el robo.

Después de haber abrasado el cuerpo de sus víctimas con un hieiro enrojecido, los ataron y los pusieron bajo los rayos ardientes del sol, cerca de un hormiguero, y no obteniendo resultado alguno, usaron otros medios aún más espantosos, que la pluma se resiste á describir.

Cansados de torturarlos inútilmente, los verdugos los echaron en una de las calles de la ciudad indígena. Si los hubiesen muerto y enterrado, no se hubiera podido averiguar nada.

Unos soldados de marina los hallaron sobre un monton de inmundicias, y haciendo una camilla con ramas de árboles, los llevaron al hospital, en donde estuvieron en el lecho cuatro meses.

En cuanto pudieron hablar la mendiga y su hijo, empezó la instruccion.

Las víctimas rehusaron enérgicamente dar á conocer á sus verdugos, y sólo contestaban:

—No sabemos nada, no nos acordamos de nada.

Se separó al niño de la madre; pero no se consiguió tampoco nada.

Sólo se conjeturó que los culpables debian ser de rango elevado, y que sin duda ejercian presion sobre sus víctimas por medio de los enfermeros indios del hospital.

Ya se sabe con qué habilidad y reserva se llevó á cabo la rebelion contra la autoridad inglesa en 1857, sin que ninguno de los conjurados hiciese traicion á su causa, y por esta reserva y firmeza de los indios se comprenderá las dificultades con que se tropezaba para la instruccion.

Se hizo otra prueba, que fué reunir á la madre y al niño en una sala preparada de antemano, que tenia un ventilador en la pared, desde donde se podia oír su conversacion sin ser visto.

Los testigos colocados en observacion eran soldados de marina, que á causa de su larga permanencia en el país conocian el tamoul.

Se tomaron grandes precauciones para que no se notase la ausencia de los soldados en el cuartel. Uno de ellos velaba siempre, mientras que los otros jugaban á las cartas ó bebian cerveza.

Se empezaba ya á desesperar, cuando una noche el jefe de aquel grupo, que era un sargento, fué á despertar al juez de instruccion, y le trajo la adjunta nota, que copio textualmente:

«Esta noche, 25 de Octubre de 1866, á eso de las dos de la mañana, el enfermero indígena Vassou penetró en el cuarto en donde se encontraban la Monniamalle y su hijo, y les dijo:

—«Los jueces se cansan de no encontrar nada; es preciso seguir callando, y dentro de unos dias estareis libres. El serestadar cumplirá todas sus promesas, os dará una casa, un campo de nelly (arroz) y cuatro mil rupias (diez mil francos); pero si decis algo, es bastante poderoso para volveros á coger.»

»Y Vassou les entregó un paquete de betel, retirándose en seguida.»

Un cuarto de hora después, se prendia á Vassou el enfermero, al serestadar, su familia y todos sus criados.

Hacia un siglo que no se veia en la colonia un acontecimiento semejante.

Vassou, comprendiendo que no podia negar

por completo, acusó á los criados del serestadar de ser los instigadores, pero negó que el serestadar le hubiese encargado nada.

Esta respuesta era poco verídica, pues en la India, las castas elevadas tienen servidumbre de su misma casta, y constituyen como una comunidad con un jefe á su cabeza.

El serestadar y sus parientes más próximos negaron su culpabilidad, y los criados, para salvar á su amo, se acusaban á porfia.

Y á pesar de la convicción moral de su culpabilidad, los jurados absolvieron al serestadar y á los suyos y condenaron á los criados.

La mendiga y su hijo continuaron hasta el fin sin decir una palabra.

El segundo hecho es más curioso aún.

Hacia muchos años que, tan pronto los magistrados del tribunal, como la oficina de policía, recibían de cuándo en cuándo avisos anónimos diciendo que más allá de las ruinas de Tirvicarré, cerca de la ciudad de Tendevanom, habitaban algunos sectarios de Kaly que no habían renunciado aún á las sombrías y crueles prácticas de su culto, añadiendo que en todas sus fiestas sacrificaban víctimas humanas.

A cada uno de estos anónimos acompañaba una nota de los jefes de los pueblos y de los inspectores de policía, quitándoles toda importancia, y se había acabado por no preocuparse de semejante cosa.

Hacia poco que desempeñaba mi empleo, cuando un día, al salir de la audiencia, se acercó á mí un indígena y me entregó un papel sellado, perdiéndose entre la multitud.

Abro el pliego... Era una nueva denuncia en regla contra las gentes de Tendevanom, y se me advertía que en la próxima fiesta de Kaly, que iba á celebrarse el 20 del mes de Avany (3 de Setiembre) debía ser inmolada una niña de diez años, comprada en el territorio inglés á los tehandalas (gentes sin casta, vagabundos). Se daban además las señales más circunstanciadas sobre el sitio en que estaba oculta la víctima á los ojos de todo el mundo, y de donde no debía salir hasta el día del sacrificio.

El escrito anónimo añadía que si hasta entonces todas las pesquisas hechas en Tendevanom habían tenido mal éxito, era porque las conocían los interesados antes de que el juez de instrucción hubiese salido de Pondichery.

La lectura de aquel escrito me sumergió en gran perplejidad.

¿Qué hacer?

No me era posible desechar aquella denuncia, cuando se trataba del sacrificio de una víctima humana.

Pero ¿cómo?

Como todos los indios, sea cual sea su posición, están ligados contra nosotros, me era imposible obtener nada de ellos. Verdad es que la policía indígena obedece las órdenes de sus jefes y busca, pero nunca encuentra nada.

Y no podía servirme de la policía europea, porque su llegada se hubiera notado en Tirvicarré y en Tendevanom ántes que saliesen de donde estaban, y también sabía muy bien que la policía indígena lo que hace es desorientar por completo á la europea, en vez de auxiliarla.

Estábamos ya á 25 de Agosto, y sólo me quedaban diez dias para el término fijado. Resolví, pues, tratar de penetrar ese misterio contando con mis propias fuerzas.

Ni por un momento se me ocurrió la idea de prender á toda la familia para arrancarle una confesion, pues sé perfectamente que este medio, del que tanto se abusa en Europa, no da resultado en la India, en donde un hombre sabe morir sin hablar.

El culto público de la sombría diosa Kaly, á la que no se ofrecian más que sacrificios humanos, ha desaparecido de la India hace miles de años, pues los brahmas lo proscribieron siempre.

Sin embargo, algunos sectarios aislados, ocultándose en los bosques y las impenetrables jungueras, han conservado hasta nuestros dias la sangrienta tradicion. En Bengala, los ingleses han tenido que hacer contra ellos una verdadera cruzada.

Estos fanáticos, llamados thugs, que los novelistas europeos han descrito con los colores más fantásticos y misteriosos, son sencillamente sectarios de Kaly, que inmolaban á la diosa los niños que robaban en las cercanías de los pueblos ó á los viajeros que sorprendian indefensos.

No hay ejemplo, por más que se diga, de un europeo muerto á sus manos, y esto se concibe por dos razones.

El europeo es temido y respetado al mismo tiempo, no viaja jamás sin armas, y no podria desaparecer ni uno siquiera sin dar lugar á terribles represalias, pues los ingleses no transigen sobre este punto; por consiguiente, la prudencia

aconseja á los thugs no escoger sus víctimas más que entre los indios. En segundo lugar, se considera al europeo, bajo el punto de vista religioso, por un sér tan impuro como el pária, y una víctima impura no puede sacrificarse en los altares de la diosa.

Cuanto más reflexionaba en el singular asunto que me preocupaba, más me persuadia que estas denuncias periódicas tenian un fondo de verdad. Tal vez alguna familia de thugs, acosada por los ingleses, se habria establecido en la region desierta de Tirvicarré, en donde podria gozar de alguna tranquilidad, pues los adeptos de Kaly habian respetado hasta entónces el territorio frances. En la imposibilidad en que me encontraba para obrar por las vías legales, preparé la siguiente combinacion.

Los agentes de las obras públicas, ocupados constantemente en la reparacion de los estanques y canales de riego, habitan los pueblos del interior, viven con los indios, que los quieren mucho, y pueden ir por todas partes para examinar las obras, sin inspirar la menor desconfianza.

No queriendo ni ir á ver al ingeniero jefe, ni llamarle al tribunal, para no excitar sospechas, me arreglé de modo para hablarle en los salones del gobernador, que recibia todas las noches á los funcionarios públicos, y le puse al corriente del asunto. El ingeniero se prestó gustoso á secundar mis planes, y se envió al momento un *express* para llamar al jefe del departamento encargado del servicio de las aguas de Tirvicarré y Tendevanom, y al dia siguiente me puse á hablar con él, como por casualidad.

Este ingeniero vivía en el distrito hacía muchos años, y nos dió preciosos detalles. Según él nos dijo, todos los indios del distrito estaban persuadidos de que la familia indicada ofrecía por la noche, en las épocas de ciertas grandes fiestas, sacrificios humanos, y él también lo creía, á pesar de que no habían desaparecido del lugar ni hombres ni niños; pero esto no indicaba nada, por la facilidad que tenían los sectarios de Kaly de escoger sus víctimas entre los peregrinos, viajeros y familias nómadas que atraviesan la India, y que no teniendo ningún estado civil, pueden desaparecer sin dejar huella alguna. El cadáver, después del sacrificio, arrojándolo á la junquera, en ménos de una hora se ve devorado por los chacales.

La casualidad me proporcionó un colaborador inteligente.

Habiéndole enseñado la denuncia, le encargué la vigilancia de aquellos sitios en donde el anónimo indicaba estaba oculta la niña, que era una de las numerosas criptas subterráneas de la antigua pagoda arruinada de Tirvicarré.

El me afirmó que sus relaciones con los indios y la obligación de inspeccionar todos los trabajos le permitían, sin excitar la menor desconfianza, ir por todas partes, y se comprometió, si yo le autorizaba, á salvar á la víctima, en el caso de que la hubiera, ó á prender á los que estuvieran complicados en aquel atentado.

Le di una orden poniendo á su disposición al thasildar y á toda la policía indígena del distrito, recomendándole no hiciese uso de ella hasta el último momento.

—No sospecharán nada hasta el momento pre-

ciso,—me respondió,—pues si no, sería inútil tentativa alguna.

Se convino, pues, que no nos daría noticia alguna.

Durante los ocho días que pasaron, estuve constantemente preocupado.

El 4 de Setiembre por la mañana, 21 del mes de Avany, recibí el despacho siguiente por medio de un corredor:

«Víctima salvada en el momento en que se la iba á átar sobre el ara del sacrificio. Veintiseis personas detenidas.»

El asunto se terminó delante del tribunal de los assises, pero no se pudo arrancar ninguna confesion á los thugs, que á pesar de todo fueron condenados á penas diversas.

El jóven ingeniero había obrado con más astucia que el más fino y astuto polizonte de Europa.

Después de haber colocado unos cincuenta coolis trabajando en el camino é instalado su campamento al lado suyo, parecía ocupado tan sólo en vigilar las obras; pero todas las noches salía de su tienda y se ocultaba en acecho en las ruinas de la pagoda de Tirvicarré; al segundo día adquirió la convicción de que una vieja de Tendevanom bajaba todas las noches con provisiones á las criptas de la pagoda.

Sabiendo que no existía más que una entrada bajo el Goparam, no volvió más y esperó al 3 de Setiembre.

Desde este momento no tuvo más preocupación que saber cómo emplearía la policía sin despertar sospechas.

Se le ocurrió una idea magnífica.

Distribuyó, con el pretexto de recompensar á unos cuantos de sus trabajadores, callou (licor fermentado del cocotero), que se emborracharon y empezaron á pelear con los otros.

Fingiéndose temor al verlos en aquel estado, pidió al thasildar del distrito viniese á establecerse en el campamento, para imponer á los coolis. De este modo llevó la policía á dos pasos de la ruina, sin que se imaginaran el papel que iban á jugar en aquel drama.

Cuando llegó el momento, el jóven enseñó al thasildar los poderes de que estaba revestido, mandándole le siguiese con sus agentes, y todos juntos penetraron en las criptas subterráneas de Tirvicarré, en donde sorprendieron á los sectarios de Kaly en medio de sus ceremonias preparatorias.

De este modo se prendió á los thugs de Tendevanom, y se puso fin á los odiosos sacrificios de víctimas humanas en el territorio frances.

Ya he dicho que no pudo arrancárseles confesion alguna, y puedo añadir que toda causa criminal acaba siempre lo mismo.

No es éste el lugar á propósito para evocar mis recuerdos judiciales; pero no he podido resistir al deseo de probar á algunos turistas á la carrera que hay costumbres raras que estudiar en la India, cosas maravillosas que contar, y que en dos meses (tiempo indispensable para atravesar el país), y cuando no se conocen ni el idioma, ni las costumbres, ni las tradiciones del pasado ni las del presente, no se puede tener la pretension de conocer la vieja patria de los brahmas. Cada

uno es libre de viajar á su gusto, estudiando diez años un país ó recorriéndole en dos meses... Pero lo que yo pido es que estos viajeros de tren *express*, que estudian un país á través del humo de la locomotora, no tachen de cuentos imaginarios las relaciones de los que han vivido en él... Sentado esto, podrán, si quieren, tomar una pagoda india por un templo mormon, y una fábrica de tejas por un templo budhista, y les aseguro que no les turbaré en las alabanzas que se propinan á sí mismos á expensas del prójimo; *en lo ménos*, como en lo más, hay incontestablemente obras maestras.

Del Pomparipo á Negombo (la ciudad de las serpientes) y á Colombo, seguimos constantemente las orillas del mar, para evitar largos rodeos, y cuando los bosques de palmeras se avanzaban hasta la extremidad de la playa, bañando sus raíces en la húmeda arena, mis dos bueyes andaban horas enteras, unas veces sobre la tierra firme, otras por el agua, aspirando con sus anchas narices las emanaciones alcalinas de las olas.

Por un lado corria delante de nosotros, con las mil y una sorpresas de lo imprevisto, la línea tortuosa de la orilla con su esplendente vegetación, sus pájaros cantores, sus perfumes, sus cabañas cyngalesas, ocultas en los bosques como un nido en medio de las ramas. Y por el otro, ese gran Océano indiano, que todos los navegantes conocen por su murmullo lento y monotonó, que acompaña y mece los ensueños.

¿Quién no se conmueve ante esos paisajes de los trópicos, ante esas riberas encantadas que dora

el sol con sus colores más deslumbradores y sus bellezas más seductoras?

Al cabo de seis días de marcha, haciendo por término medio de cuatro á cinco leguas por día, llegamos á Negombo, ciudad de cierta importancia comercial, en donde se encuentra gran número de los mestizos de los tres pueblos que han dominado unos despues de otros la costa Oeste de Ceylan: portugueses, holandeses é ingleses. Los mestizos portugueses son más negros que los indios de raza, y se distinguen generalmente por una suciedad y una pereza á toda prueba. Todos se llaman don Miguel, don Fernández, don Velázquez, etc.; no trabajan, por miedo de deshorrar la memoria de sus nobles antecesores, y dejan que sus mujeres los alimenten, que tienen tiendecillas abiertas con objetos del país.

Las *señoras* son generalmente de raza indígena, y pueden trabajar sin oscurecer el noble blason de los Velázquez, Núñez, y *todo lo que se quiera...*

Los mestizos holandeses están en pequeño número, y viven en un bienestar relativo. Casi todos siembran un poco de café ó de betel, con lo que trafican con los indígenas. En cuanto á los de raza inglesa, Albion no los renegaria, y se entienden perfectamente con ellos para explotar á los cyngaleses, emborrachándose casi tan bien como sus primos de las orillas del Támesis.

Al día siguiente llegué á Colombo, que era mi última parada ántes de Kaltna, sin que hubiera sucedido nada de extraordinario desde la bahía de Calpentyn hasta la capital inglesa de Ceylan. Me dirigí inmediatamente con mi pequeña cara-

vana hácia el Oriental-Hotel, pues en las cercanías de las grandes ciudades no me gustan los bengalows, pues llegan sin cesar numerosos funcionarios del interior que van allí por algunas horas con sus criados, haciendo que les lleven las provisiones que compran para su casa, sirviéndose de este establecimiento como de un verdadero lugar de depósito.

Y despues de más de cuatro meses de excursiones á traves de los bosques y de las junqueras, cuatro meses de fatigas y emociones de toda clase, deseaba, lo confieso, descansar algun tiempo en la plantacion de mis amigos, saber noticias de Europa, y vivir por algunos dias en medio del ruido y del movimiento de una ciudad marítima, y estudiar tambien en Colombo *esos manejos ingleses* que habia tenido ya ocasion de apreciar en su justo valor en Calcuta.

FIN.